tengo un céntimo, hijo mío; lo he dado todo, todo, y ahora me toca vivir de caridad. ¿Era, al menos, bonito el traje de mi hija? (¡Ah! ¡cuánto sufro!). Gracias, Cristóbal, Dios le recompensará, hijo mío; yo no podré hacerlo, porque no me queda nada.

—Yo os pagaré bien á ti y á Silvia—dijo Eugenio al oído al criado.

—Te han dicho mis hijas que iban á venir, ¿verdad, Cristóbal? Anda, corre otra vez allá, y te daré cinco francos. Diles que no me encuentro bien, y que quisiera abrazarlas y verlas una vez más antes de morir. Diles esto, pero sin asustarlas demasiado.

Cristóbal partió obedeciendo á una seña de Rastignac.

—¡Oh! yo las conozco, vendrán—repuso el anciano. —Si yo muero, qué pena va á tener esa pobre Delfina. Y Nasia también. Quisiera no morir por no hacerlas llorar. Mi buen Eugenio, morir es no verlas ya más. ¡Cuánto voy á aburrirme sin ellas en el otro mundo! Para un padre, el infierno es no estar con sus hijos, y yo ya he hecho mi aprendizaje desde que ellas se casaron. Mi paraíso estaba en la calle de la Jusiana. Diga usted: si voy al cielo ¿podré venir á verlas en espíritu á la tierra? He oído decir estas cosas, ¿son ciertas? En este momento creo verlas tal como eran en la calle de la Jusiana. Bajaban por la mañana y me decían: «Buenos días, papá». Y entonces yo las tomaba en mis rodillas, les hacía mil caricias y mil fiestas y ellas me correspondían. Almorzábamos todas las mañanas juntos, comíamos; en fin, que era padre y gozaba de mis hijas. Cuando estaban en la calle de la Jusiana no razonaban, no conocían el mundo y me querían bien. ¡Dios mío! ¿por qué no han sido siempre pequeñas? (¡Oh! ¡cuánto sufro, mi cabeza estalla!) ¡Ah! ¡ah! hijas mías, sufro horriblemente, y cuando lo digo muy grande debe ser mi dolor, porque vosotras me habíais hecho grande para el mal. ¡Dios mío! Si yo tuviese únicamente sus manos entre las mías, ya no sentiría dolores. ¿Cree usted que vendrán? ¡Este Cristóbal es tan bestia! Debía de haber ido yo mismo. Él va á tener la dicha de verlas. Pero usted estuvo ayer en el baile; dígame, ¿cómo estaban? No sabían nada de mi enfermedad, ¿verdad? ¡Oh! las pobrecillas no hubieran bailado. ¡Bah! no quiero estar ya más enfermo, porque aún necesitan de mí. Sus fortunas están comprometidas. ¡Y á qué maridos se han entregado! Cúreme usted, cúreme usted. (¡Oh! ¡cuánto sufro! ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡ay!) ¿Ve usted? Es preciso que sane, porque necesitan dinero y yo sé donde ir á ganarlo. Iré á hacer almidón á Odessa y ganaré millones, porque yo entiendo el negocio. (¡Oh! ¡qué dolor más horrible!).

Goriot guardó un instante silencio, pareciendo reunir todas sus fuerzas para soportar el dolor.

—Si ellas estuviesen aquí no me quejaría; ¿por qué, pues, he de quejarme ahora?

Á estas palabras siguió un amodorramiento que duró algún rato. Cristóbal se presentó entre tanto, y Rastignac, que creía dormido al padre Goriot, le dejó dar cuenta en voz alta de su misión.

—Señorito, primero fuí á casa de la señora condesa, y no pude hablarle porque tenía asuntos importantes con su marido. Como yo insistía, el señor de Restaud vino en persona y me dijo lo siguiente: «¿Se muere el señor

Goriot? Es lo mejor que puede hacer. La señora de Restaud tiene que ventilar conmigo asuntos importantes é irá tan pronto como acabe.» Aquel señor tenía trazas de muy mal humor. Iba ya á salir, cuando la señora entró en la antesala por una puertecita que yo no veía y me dijo: «Cristóbal, dile á mi padre que estoy disputando con mi marido, y que es cuestión de vida ó de muerte para mis hijos; pero que tan pronto como acabe, iré.» Respecto á la señora baronesa, no pude verla ni hablarla. «¡Ah!—me dijo la camarera,—la señora volvió del baile á las cinco y cuarto, está durmiendo, y si la despierto antes de las doce me reñirá. Cuando me llame le diré que su padre está peor. Siempre es pronto para dar malas noticias.» En vano rogué y solicité ver al señor barón, porque éste había salido.

—¡Cómo! ¿no vendrá ninguna de sus hijas?—exclamó Rastignac.—Voy á escribirles á las dos.

—¡Ninguna!—exclamó el anciano irguiéndose en la cama.—Tienen negocios, duermen, no vendrán; ya lo sabía. Es preciso morir para saber lo que son los hijos... ¡Ah! amigo mío, no se case usted nunca, no tenga hijos. Les da usted la vida y ellos le pagan con la muerte. Les da usted acceso al mundo, y ellos le arrojan de él. No, no vendrán. Hace ya diez años que lo sé. Á veces me lo decía, pero no me atrevía á creerlo.

Y esto diciendo, sendas lágrimas asomaron á sus ojos, permaneciendo adheridas, sin caer, á sus enrojecidos párpados.

—¡Ah! si yo fuese rico, si yo hubiese guardado mi fortuna, si no se la hubiese dado, ellas estarían aquí, me lamerían las mejillas con sus besos, viviría en un palacio, tendría buenas habitaciones, fuego, criados, y una y otra llorarían mi muerte en unión de sus maridos y de sus hijos. Tendría todo esto; pero ¡nada, nada! El dinero lo da todo, hasta hijas. ¡Oh! dinero mío, ¿dónde estás? Si tuviese tesoros que dejar, ellas me velarían y yo las oiría y las vería. ¡Ah! hijo mío, mi único hijo, prefiero mi abandono y mi miseria. Al menos, cuando un desgraciado es amado, está seguro de que le aman. No, quisiera ser rico, porque las vería. Y á fe ¿quién sabe? Ambas tienen corazones de roca. Yo sentía demasiado amor por ellas para que ellas lo sintiesen por mí. Un padre debe ser siempre rico y debe sostener á sus hijos por la brida cual si fuesen caballos falsos, y yo he estado á sus pies. ¡Miserables! ¡cómo pagan mi conducta para con ellas hace diez años! ¡Si supiese usted con cuánto mimo me trataban los primeros tiempos de su matrimonio! (¡Oh! ¡estoy sufriendo un cruel martirio!). Como acababa de darles ochocientos mil francos á cada una, ni ellas ni sus maridos podían mostrarse duros conmigo. Me recibían diciéndome papaíto por aquí, papaíto por allá, y siempre me tenían preparado un cubierto en su mesa á fin de que comiese con sus maridos, que me trataban con mucha consideración. ¡Claro! ¡como que aun creían que tenía algo! ¿Por qué? no lo sé, porque yo no les había dicho nada de mis asuntos. Pero un hombre que da ochocientos mil francos á cada una de sus hijas es digno de ser cuidado. ¡Y con cuánto miramiento me trataban! Pero no era á mí, era á mi dinero. Me he convencido de que el mundo no tiene nada de hermoso. Me llevaban en coche al teatro, asistía cuando quería á sus veladas, se decían hijas mías y

confesaban que yo era su padre. No crea usted que soy tonto, no se me escapaba nada. Todo aquello era astucia y me laceraba el corazón; pero el mal no tenía remedio; no estaban tan á gusto en su mesa como en la de abajo, y yo no sabía qué decir. Pero cuando algunas de sus visitas preguntaban al oído á mis yernos que quién era aquel señor, ellos contestaban: «Es el padre del dinero, es rico», y entonces las gentes de mundo exclamaban: «¡Diablo!», y me miraban con respeto por mi dinero. Si á veces les molestaba un poco, en cambio pagaba bien sus molestias y ocultaba bien mis defectos. Pero ¿quién es perfecto en este mundo? (¡Ah! ¡mi cabeza es una llaga!) Mi querido Eugenio, sufro en este momento lo que es preciso sufrir para morir, y sin embargo esto no es nada en comparación con el dolor que me causó la primera mirada con que Anastasia me hizo comprender que acababa de decir una estupidez que la humillaba: su mirada me abrió todas las venas. En aquel momento hubiera querido saberlo todo; pero lo que supe fué que estaba de más en la tierra. Al día siguiente fuí á casa de Delfina para consolarme, y allí cometo otra tontería que la hace encolerizarse. Estuve unos días como loco, sin saber lo que debía hacer, y no me atrevía á ir á verlas por temor á sus reproches. Y heme ya á la puerta de mis hijas. ¡Oh! ¡Dios mío! tú que conoces las miserias y los sufrimientos que yo he soportado, tú que has contado las puñaladas que recibí en todo este tiempo, que me hizo encanecer y envejecer, ¿por qué me haces sufrir tanto hoy? Yo he expiado bien el pecado de quererlas demasiado, y ellas mismas se han vengado bien de mi cariño convirtiéndose en mis verdugos. ¡Oh! pero

los padres son tan bestias, yo las amaba tanto, que volví á ellas como el jugador al juego. Mis hijas eran mi vicio, mis queridas, eran todo para mí. Cuando alguna necesitaba algo, joyas, dinero, sus camareras me lo decían, y yo se lo daba para ser bien recibido. Me dieron algunas lecciones acerca de la manera de presentarme en el mundo; pero, de todos modos, lo cierto es que comenzaban á avergonzarse de mí. He aquí lo que es educar bien á los hijos. Y sin embargo, á mi edad ya no podía ir á la escuela. (¡Oh! ¡Dios mío! ¡sufro horriblemente! ¡Los médicos! ¡los médicos! ¡Si me abriesen la cabeza, no sufriría tanto!) ¡Mis hijas! ¡mis hijas! ¡Anastasia! ¡Delfina! ¡Quiero verlas! ¡Enviadlas á buscar por los gendarmes, á la fuerza! ¡La justicia está de mi parte! ¡Todo está de mi parte, la naturaleza, el Código civil! ¡Protesto! ¡La patria perecerá si los padres se ven pisoteados! Esto es clarísimo. La sociedad, el mundo, se basan en la fraternidad, y todo se derrumba si los hijos no quieren á sus padres. ¡Oh! ¡verlas, oirlas, no importa que me digan lo que quieran, con tal que oiga su voz! Esto calmaría mis dolores, Delfina sobre todo. Cuando estén aquí, dígales usted que no me miren friamente, como acostumbran. ¡Ah! mi buen amigo Eugenio, usted no sabe lo que es encontrar el oro de la mirada trocado de pronto en plomo gris. Desde el día en que sus ojos dejaron de mirarme con cariño, siempre ha sido invierno para mí, sólo he tenido penas que devorar, y las he devorado. Viví para ser humillado, insultado, y las quiero tanto, que soportaba inauditas afrentas por gozar de cualquier insignificante favor. ¡Esconderse un padre para ver á sus hijas! Yo les di mi vida y ellas no me

concederán hoy una hora. Tengo sed, hambre, mi corazón arde, y ellas no vendrán á refrescar mi agonía, porque comprendo que me muero. Pero ¿acaso ignoran ellas lo que es marchar sobre el cadáver de su padre? Hay un Dios en los cielos que nos venga á los padres, á pesar nuestro. ¡Oh! ¡vendrán! ¡Venid, queridas mías, venid aun á besarme, un último beso, el viático de vuestro padre, que rogará á Dios por vosotras, que le dirá que habéis sido buenas hijas y que os defenderá siempre! Después de todo, sois inocentes. Amigo mío, ellas son inocentes. Dígaselo usted á todo el mundo, y que nadie las inquiete por lo que á mí atañe. Toda la culpa es mía, que las acostumbré á pisotearme, porque me gustaba esto. Y esto no importa á nadie, ni á la justicia humana ni á la divina. Dios sería injusto si las condenase por mi culpa. Yo no supe obrar, y cometí la torpeza de abdicar de mis derechos. Me habría envilecido por ellas. ¡Qué quiere usted! El natural más hermoso, las dos mejores almas, habrían sucumbido ante la corrupción que supone la debilidad paterna. Soy un miserable y me veo justamente castigado. Yo solo he causado los desórdenes de mis hijas y las he echado á perder. Hoy quieren el placer como querían antes los bombones. Siempre les he permitido satisfacer sus caprichos de chiquillas. ¡Á los quince años tenían coche! Nada les he negado, yo soy el único culpable, pero culpable por amor. Su voz me conmovía, ya las oigo, ya vienen. ¡Ah! sí, vendrán. La ley quiere que el hijo vaya á ver morir á su padre, la ley está de mi parte. Además, esto no costará más que una carrera, y si es necesario yo la pagaré. Escríbales usted diciéndoles que voy á dejarles

millones, palabra de honor. Iré á Odessa á hacer pastas de Italia. Yo entiendo de eso. Con mi proyecto se pueden ganar millones. Nadie ha pensado en ello. Las pastas no se estropean con el transporte como el trigo y como la harina. ¡Oh! ¡oh! ¿y el almidón? Hay para ganar millones. Dígaselo usted, millones, y no tema mentir, que yo, aunque vinieran por avaricia, no me importa con tal que pueda verlas. Yo quiero á mis hijas, yo las he hecho, son mías—dijo irguiéndose sobre la cama y mostrando á Eugenio su despeluznada y amenazadora cabeza.

—Vamos, papá Goriot, acuéstese usted, que yo voy á escribirles—dijo Eugenio;—y si no vienen, yo iré á buscarlas tan pronto como Bianchón vuelva.

—¿Si no vienen?—repitió el anciano sollozando.—¡Oh! si no vienen, estaré muerto de rabia, porque siento que la rabia se apodera de mí. En este momento veo mi vida entera, he sido engañado; ellas no me quieren ni me han querido nunca, bien claramente lo demuestran. Si no han venido ya, no vendrán, y cuanto más lo piensen, menos se decidirán á causarme este pequeño goce. Las conozco; nunca han sabido adivinar ni mis penas, ni mis dolores, ni mis necesidades, y tampoco adivinarán mi muerte. Ni siquiera han conocido mi cariño. Sí, ahora lo comprendo; para mis hijas, su costumbre de desgarrarme las entrañas quitó valor á todo lo que yo hacía por ellas. Si me hubiesen pedido que me arrancase los ojos, yo les habría dicho: «Arrancádmelos». Soy demasiado estúpido. Ellas creen que todos los padres son como el suyo. Es preciso hacerse valer siempre. Sus hijos me vengarán. Pero ¡si ellas mismas debían estar interesa-

das en venir aquí! Adviértales usted que comprometen su agonía, que cometen todos los crímenes con uno sólo. Corra usted; dígales que el no venir es un parricidio. ¿No han cometido bastantes crímenes sin añadir este? Grite usted como yo: «¡Eh, Nasia! ¡Eh, Delfina! ¡venir á ver á vuestro padre, que ha sido tan bueno para vosotras y que sufre!» ¡Nada! ¡Nadie! ¿Moriré, pues, como un perro? He aquí mi recompensa, el abandono. Son unas infames, unas desalmadas. Yo las abomino, las detesto, las maldigo, y por la noche me levantaré de la tumba para maldecirlas, porque, en fin, amigos míos, ¿tengo yo la culpa? ellas se portan muy mal. ¡Eh! ¿qué he dicho? ¿No me ha anunciado usted que Delfina estaba aquí? Es la mejor de las dos. Eugenio, usted es mi hijo, ámela, sea un padre para ella. La otra es muy desgraciada. ¿Y sus fortunas? ¡Ah! ¡Dios mío! ¡yo muero! ¡sufro demasiado! Córtenme la cabeza y déjenme únicamente el corazón.

—Cristóbal, vaya usted á buscar á Bianchón y tráigame un cabriolé—exclamó Eugenio asustado al ver el carácter que tomaban las quejas y los gritos del anciano. —Mi buen padre Goriot, yo voy á buscar á sus hijas y las traeré.

—¡Á la fuerza! ¡á la fuerza! ¡Llame usted á la tropa, á los gendarmes! ¡Todo, todo!—dijo dirigiendo á Eugenio una última mirada en que brilló la razón.—Diga usted al gobierno y al juez que me las traiga, que yo lo quiero.

—Pero usted las ha maldecido.

—Y ¿quién ha dicho eso?—respondió el anciano estupefacto.—Usted sabe que yo las quiero, que las adoro.

Si las veo, me curo, me pongo bueno. Corra usted, vecino mío, hijo querido, corra; yo quisiera pagarle este favor; pero sólo puedo prodigarle las bendiciones de un moribundo. ¡Ah! quisiera al menos ver á Delfina para decirle que le recompense. Si la otra no puede venir, tráigame usted á ésta, dígale que no la amará usted más si no viene. Le quiere á usted tanto, que vendrá. ¡Agua! ¡mis entrañas arden! Póngame algo en la cabeza. ¡Ah! la mano de mis hijas me curaría, lo comprendo.—¡Dios mío! ¿quién recobrará su fortuna si yo me voy? Quiero ir á Odessa para ellas, á Odessa, para hacer allí pastas.

—Beba usted esto—dijo Eugenio levantando al moribundo con el brazo izquierdo, mientras que con el derecho le llevaba á la boca una taza de tisana.

—Usted sí que debe querer á su padre y á su madre—dijo el anciano estrechando una mano de Eugenio entre las suyas.—¿Comprende usted lo terrible que es morir sin ver á sus hijas? Tener sed siempre y no beber nunca: he aquí lo que me ocurre desde hace diez años. Mis dos yernos mataron á mis hijas. Sí, desde que se han casado murieron para mí. ¡Padres, pedid á las Cámaras que dicten una ley acerca del matrimonio! En fin, no case usted nunca á sus hijas si es que las quiere. El yerno es un desalmado que lo mancha todo en la hija. ¡No más matrimonio! Esto es lo que nos priva de nuestras hijas, obligándonos á morir sin ellas. ¡Haced una ley acerca de la muerte de los padres! ¡Esto es espantoso! ¡Venganza! Mis yernos son los que no las dejan venir. ¡Matadlos! ¡Muerte á Restaud! ¡muerte al alsaciano! que son mis asesinos. La muerte, ó mis hijas.

¡Ah! ¡esto se ha acabado! ¡Muero sin ellas! ¡Nasia! ¡Delfina! ¡vamos, venid! Vuestro papá sale...

—Mi buen padre Goriot, cálmese, vamos, esté usted tranquilo, no se agite, no piense usted en eso.

—¡No verlas! he aquí mi agonía.

—Ahora las verá.

—¿De veras?—gritó el anciano con entusiasmo.—¡Oh! ¡voy á verlas, oir su voz! Moriré feliz. Bien, sí, cuando las haya visto ya no quiero vivir, porque, después de todo, mis penas iban creciendo, ¡Pero verlas, tocar sus ropas, es bien poco! pero que sienta yo algo suyo. Dejadme coger sus cabellos... Quiero...

Antes de terminar la frase, su cabeza cayó sobre la almohada cual si recibiese un golpe de maza, y sus manos se agitaron sobre el cobertor, como para coger los cabellos de sus hijas.

—Yo las bendi...go—dijo haciendo un esfuerzo y cayendo completamente desvanecido.

En este momento entró Bianchón, diciendo:

—He encontrado á Cristóbal y me ha dicho que va á buscar un coche.

Después miró al enfermo, le levantó los párpados, y los dos estudiantes pudieron ver un ojo frío y empañado ya.

—No creo que vuelva en sí—dijo Bianchón tomándole el pulso y colocando una mano sobre el corazón. —La máquina sigue adelante; pero, en la situación que se halla, esto es una desgracia; sería preferible que muriese.

—Á fe que sí—dijo Rastignac.

—Pero ¿qué tienes? estás pálido como un muerto.

—Amigo mío, acabo de oir quejas y gritos... ¡Hay un Dios! ¡Oh! sí, hay un Dios que nos procurará un mundo mejor que esta maldecida tierra. Si esto no hubiera sido tan trágico, lloraría como un niño; pero no puedo hacerlo, porque mi corazón y mi estómago están horriblemente contraídos.

—Bueno, dime, vamos á necesitar muchas cosas. ¿De dónde sacaremos el dinero?

—Toma, empéñalo en seguida—dijo Rastignac sacando su reloj.—No quiero detenerme en el camino, porque temo perder un minuto. Espero á Cristóbal, y, como no tengo un céntimo, tendré que pagar el coche á la vuelta.

Rastignac bajó á toda prisa la escalera y se encaminó á la casa de la señora de Restaud. Por el camino, su imaginación, impresionada por el horrible espectáculo que acababa de presenciar, caldeó su indignación. Cuando llegó á la antesala y preguntó por la señora de Restaud, le respondieron que no estaba visible.

—Es que vengo de parte de su padre, que se muere —le dijo al ayuda de cámara.

—No importa, hemos recibido severas órdenes del señor conde.

—Si el señor de Restaud está, dígale el estado en que se encuentra su suegro y adviértale que necesito hablarle al momento.

Eugenio esperó un rato, y mientras tanto pensaba:

—Acaso se estará muriendo en este instante.

El ayuda de cámara introdujo al estudiante en el primer salón, donde el señor de Restaud le recibió de pie sin decirle que se sentase.

—Señor conde—le dijo Rastignac,—su señor suegro espira en este momento en un infame chiribitil sin tener siquiera un céntimo para leña y desea ver á su hija.

—Caballero—le respondió con frialdad el conde de Restaud,—ya habrá podido usted ver el poco cariño que siento por el señor Goriot. Él formó el carácter de la señora de Restaud, ha sido la desgracia de mi vida y veo en él al enemigo de mi reposo. Me es completamente indiferente que viva ó que muera. Estos son los sentimientos que me animan respecto á él. El mundo podrá vituperarme; pero no importa, yo desprecio la opinión. Ahora tengo que hacer cosas más importantes que pensar en lo que opinarán de mí los estúpidos ó los indiferentes. Respecto á la señora de Restaud, no está ahora en situación de salir. Dígale usted, pues, á su padre que tan pronto como haya cumplido sus deberes para conmigo y para con sus hijos, irá á verle. Si ella quiere á su padre, puede estar libre dentro de algunos instantes.

—Señor conde, usted es dueño de su mujer y no me toca á mí juzgar su conducta, pero ¿puedo contar con su lealtad? Pues bien, si es así, prométame únicamente decirle que á su padre no le queda un día de vida y que la ha maldecido ya al ver que no estaba á la cabecera de su cama.

—Dígaselo usted mismo—respondió el señor de Restaud sorprendido de los sentimientos de indignación que denotaba el acento de Eugenio.

Rastignac, conducido por el conde, entró en el salón donde estaba habitualmente la condesa, á la cual encontró anegada en lágrimas y sepultada en una poltrona

como mujer que desease morir. Á Eugenio le dió lástima. Antes de mirar á Rastignac, Anastasia dirigió á su marido tímidas miradas que denotaban una postración completa de fuerzas, agotadas á causa de una tiranía moral y física. El conde hizo una inclinación de cabeza, y entonces la condesa dijo:

—Caballero, lo he oído todo. Dígale á mi padre que si conociese la situación en que me hallo, me perdonaría. No contaba con este suplicio, que es superior á mis fuerzas; pero resistiré hasta el fin—le dijo á su marido, —porque soy madre. Dígale á mi padre que mi conducta con él es irreprochable, á pesar de las apariencias—le gritó con desesperación al estudiante.

Eugenio saludó á los dos esposos, y adivinando la horrible situación de aquella mujer, se retiró sin decir nada. El tono del señor de Restaud le demostró la inutilidad de su paso, y comprendiendo que Anastasia no era libre, corrió á casa de la señora de Nucingen, á la que encontró en la cama.

—Amigo mío, estoy enferma y espero al médico. Cogí frío al salir del baile, y temo tener un fuerte catarro.

—Aunque tuviese usted la muerte en los labios, tiene que venir al lado de su padre—le dijo Eugenio interrumpiéndola.—Si pudiese usted oir el más ligero de sus gritos, ya no se sentiría usted enferma.

—Eugenio, mi padre no está tal vez tan enfermo como usted dice; pero de todas suertes, no quiero aparecer culpable á sus ojos y haré lo que usted desea. Ya sé que él se moriría de pena si mi enfermedad se agravase con esta salida. Pero no importa, iré tan pronto como haya

venido mi médico. ¡Ah! ¿por qué no lleva usted ya mi reloj?—dijo Delfina al ver que Eugenio no llevaba su cadena.

Eugenio se puso colorado.

—Eugenio, Eugenio, me disgustaría mucho saber que lo había usted vendido ó perdido.

El estudiante se inclinó sobre la cama de Delfina y le dijo á ésta al oído:

—¿Quiere usted saberlo? Pues bien, sépalo, su padre no tiene con que comprarse el sudario que ha de cubrir esta noche su cadáver. Como no tenía dinero, el reloj está empeñado.

Delfina saltó de pronto de la cama, corrió á su secreter, tomó de él su portamonedas y se lo entregó á Rastignac exclamando:

—¡Oh! voy, voy al instante, Eugenio, deje que me vista. El no ir sería una monstruosidad. Vaya usted delante, que yo le alcanzaré. Teresa—dijo á su camarera,—dígale usted al señor de Nucingen que deseo hablarle al instante.

Eugenio, satisfecho de poder anunciar al moribundo la presencia de una de sus hijas, llegó casi alegre á la calle Nueva de Santa Genoveva y echó mano á la bolsa para pagar inmediatamente al cochero. El portamonedas de aquella mujer tan joven, tan rica y tan elegante sólo contenía setenta francos. Al llegar al cuarto del padre Goriot, encontró á éste sostenido por Bianchón, operado por el cirujano del hospital en presencia del médico. Le quemaban la espalda con moxas, último remedio de la ciencia, pero remedio inútil.

—¿Las siente?—le preguntó el médico.

Como el padre Goriot hubiese entrevisto al estudiante, le preguntó:

—Vienen ¿verdad?

—Sí—le dijo Eugenio,—Delfina me sigue.

—Vamos—dijo Bianchón,—hablaba de sus hijas, á las que no olvida ni un momento.

—Cese usted—dijo el médico al cirujano,—no hay nada que hacer, no hay medio de salvarle.

Bianchón y el cirujano colocaron al moribundo sobre su infecta cama.

—Sin embargo, sería preciso cambiarle de ropa—dijo el médico.—Aunque no hay ninguna esperanza, es preciso respetar en él la naturaleza humana. Luego volveré, Bianchón—dijo al estudiante.—Si se queja, póngale usted opio sobre el diafragma.

El cirujano y el médico salieron.

—Vamos, Eugenio, valor, amigo mío—le dijo Bianchón á Rastignac cuando estuvieron solos.—Pongámosle una camisa limpia y cambiémosle la ropa de la cama. Vete á decirle á Silvia que suba sábanas y que venga á ayudarnos.

Eugenio bajó y encontró á la señora Vauquer ocupada en poner la mesa con Silvia. Á las primeras palabras que le dijo Rastignac, la viuda se aproximó á él tomando esa actitud especial del comerciante desconfiado que no quiere perder su dinero ni enfadarse con el consumidor.

—Mi querido señorito Eugenio—le dijo,—usted sabe como yo que el padre Goriot no tiene un céntimo. Dar sábanas á un hombre que está á punto de morir, es perderlas, tanto más cuanto que habrá que emplear alguna

en la mortaja. Me debe usted ya ciento cuarenta y cuatro francos, agregue usted cuarenta francos de sábanas y algunas otras cosillas como la candela que le dará Silvia, y ya tiene usted doscientos francos, que una pobre viuda como yo no está en estado de perder. ¡Diantre! sea usted justo, señorito Eugenio. Bastante he perdido en estos cinco días en que la suerte se ha cebado en mí. Daría de buena gana diez escudos porque ese hombre se hubiera marchado, como me anunció. Esto perjudica á los demás huéspedes, y si no fuese por usted, lo hubiese llevado al hospital. En fin, póngase usted en mi lugar. Ante todo mi establecimiento, que es mi vida.

Eugenio subió rápidamente á la habitación del padre Goriot.

—Bianchón ¿dónde está el dinero del reloj?

—Sobre la mesa hay trescientos sesenta y tantos francos. Lo que falta lo he empleado en pagar lo que debíamos. La papeleta de empeño está junto al dinero.

—Tenga usted, señora—dijo Rastignac después de haber bajado á toda prisa las escaleras.—Cóbrese usted. Al señor Goriot le queda poco tiempo de estar en su casa.

—Sí, el pobre hombre saldrá con los pies para adelante—dijo la patrona contando los doscientos francos con aire medio alegre y melancólico.

—Acabemos—dijo Rastignac.

—Silvia, saca sábanas y sube á ayudar á estos señores. Supongo que no olvidará usted á Silvia, que hace ya dos noches que vela—dijo la señora Vauquer en voz baja á Eugenio.

Tan pronto como Rastignac volvió la espalda, la vieja se aproximó á su cocinera para decirle al oído:

—Toma las sábanas viejas del número 7. ¡Qué diablo! para un muerto son buenas.

Eugenio, que había subido algunos escalones de la escalera, no oyó las palabras de la anciana patrona.

—Vamos—le dijo Bianchón,—mudémosle la camisa, manténle derecho.

Eugenio se puso á la cabecera de la cama y sostuvo al moribundo, al que Bianchón le quitó la camisa. El padre Goriot hizo un gesto como para guardar algo sobre su pecho y lanzó plañideros é inarticulados gritos como los animales cuando dan muestras de un gran dolor.

—¡Oh! ¡oh!—dijo Bianchón.—Pide una cadenita de pelo y un medallón que le quitamos para ponerle las moxas. ¡Pobre hombre! hay que volver á ponérsela, está sobre la chimenea.

Eugenio fué á tomar una cadena hecha con cabellos castaños pertenecientes sin duda á la señora de Goriot, y de un lado del medallón leyó: *Anastasia*, y del otro: *Delfina*. Aquella era la imagen de su corazón que descansaba siempre sobre su pecho. Los rizos que contenía el medallón eran tan finos, que debieron haber sido cortados durante la primera infancia de sus dos hijas. Cuando el medallón tocó su pecho, el anciano lanzó un prolongado ¡ah! que denotaba inmensa satisfacción. Esta era una de las últimas muestras de su sensibilidad, que parecía retirarse al centro desconocido de donde parten y adonde se dirigen nuestras simpatías. Su cara convulsa tomó una expresión de alegría de enfermo, y los dos estudiantes, sorprendidos ante la terrible fuerza de

un sentimiento que sobrevivía al pensamiento, derramaron lágrimas sobre el moribundo, el cual lanzó un agudo grito de placer diciendo:

—¡Nasia! ¡Fifina!

—Aun vive—dijo Bianchón.

—¿Para qué le sirve?—dijo Silvia.

—Para sufrir—respondió Rastignac.

Después de haber hecho á su compañero una seña para que le imitase, Bianchón se arrodilló para pasar los brazos por debajo de las pantorrillas del enfermo, mientras que Rastignac hacía otro tanto del otro lado de la cama á fin de pasar los brazos por debajo de la espalda. Silvia estaba allí para quitar las sábanas y mudárselas cuando el moribundo estuviese levantado. Engañado sin duda por las lágrimas, Goriot hizo un último esfuerzo para extender las manos, encontró á cada lado de la cama las cabezas de los estudiantes, las cogió violentamente por los cabellos y se le oyó decir débilmente: «¡Ah! ¡ángeles míos!» dos palabras, dos murmullos acentuados por el alma, que voló después de producirlos.

—¡Pobre hombre!—dijo Silvia enternecida al oir aquella exclamación que denotaba un sentimiento supremo, exaltado por última vez por la más horrible y más involuntaria de las mentiras.

El último suspiro de aquel padre debía ser un suspiro de alegría, la expresión de toda su vida, pues también se engañaba. El padre Goriot fué colocado cuidadosamente sobre su cama. Á partir de aquel momento, su fisonomía conservó la dolorosa huella del combate que se libraba entre la muerte y la vida en una máquina

que no tenía ya esa especie de conciencia cerebral de donde resulta el sentimiento de placer y de dolor para el ser humano. Su destrucción no era ya más que cuestión de tiempo.

—Va á permanecer así algunas horas y morirá sin dar muestras de ello, sin estertor siquiera. El cerebro debe estar completamente invadido.

En aquel momento se oyó el paso de una joven jadeante.

—Llega demasiado tarde—se dijo Rastignac creyendo que era Delfina.

Pero, no, no era ésta, sino Teresa su camarera, que se apresuró á decirle:

—Señorito Eugenio, con motivo del dinero que la pobre señora le pedía para su padre, se ha promovido en casa una violenta escena entre el señor y la señora. Ésta se ha desmayado y ha tenido que ir el médico á sangrarla, porque gritaba como una loca: «¡Mi padre se muere! ¡Quiero ir á ver á papá!»

—Bueno, Teresa, aunque viniera ahora sería inútil, porque el señor Goriot no tiene conocimiento.

—¡Pobre señor! ¿tan malo está?—dijo Teresa.

—Como son ya las cuatro y media y no me necesitan, me voy á arreglar la comida—dijo Silvia, que estuvo á punto de tropezar en la escalera con la señora de Restaud.

Aparición grave y terrible en verdad fué la de la condesa, la cual contempló el lecho de muerte mal iluminado por una sola candela, y derramó abundantes lágrimas al ver el rostro de su padre, donde palpitaban aún los últimos chispazos de la vida.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Bianchón se retiró por discreción.

—No me escapé bastante á tiempo—dijo la condesa á Rastignac.

El estudiante hizo con la cabeza un signo afirmativo lleno de tristeza. La señora de Restaud tomó la mano de su padre y la besó.

—Perdóneme usted, padre mío. Decía usted que mi voz le haría salir de la tumba; pues bien, vuelva un momento á la vida para bendecir á su arrepentida hija. Óigame. Esto es horrible, porque su bendición es la única que puedo recibir en la tierra en lo sucesivo. Todo el mundo me odia. Usted sólo me ama. Hasta mis propios hijos me odiarán. Lléveme consigo, que yo le amaré y le cuidaré. ¡Ya no oye! ¡yo me vuelvo loca!—añadió la condesa cayendo de rodillas y contemplando aquellos despojos con expresión de delirio.—Nada falta á mi desgracia—dijo mirando á Eugenio.—El señor de Trailles se ha marchado dejando enormes deudas, y he sabido que me engañaba. Mi marido no me perdonará nunca, y yo le he hecho dueño de mi fortuna. He perdido todas mis ilusiones. ¡Ay de mí! ¿por qué hice traición al único corazón que me adoraba?—añadió señalando á su padre.—¡Oh! ¡le he desconocido, le he rechazado, le he causado mil males, qué infame soy!

—Él lo sabía—dijo Rastignac.

En este momento el padre Goriot abrió los ojos por efecto de una convulsión, y el gesto que revelaba la esperanza de la condesa no fué menos horrible que el movimiento de ojos del moribundo.

—¿Me habrá oído?—gritó la condesa.—No, se dijo sentándose al lado de la cama.

Como la señora de Restaud hubiese manifestado deseos de estar al lado de su padre, Eugenio bajó para tomar un poco de alimento. Los huéspedes estaban reunidos.

—¿Conque parece que vamos á tener arriba un muertecitorama?—dijo el pintor.

—Carlos—le dijo Eugenio,—me parece que ya podría usted bromear con algo menos lúgubre.

—Hombre, ¿no se va á poder reir aquí?—repuso el pintor.—¿Qué importa esto, si Goriot no tiene ya conocimiento, según dice Bianchón?

—Vamos—repuso el empleado del Museo,—morirá como ha vivido.

—¡Mi padre ha muerto!—gritó la condesa.

Al oir este terrible grito, Silvia, Rastignac y Bianchón subieron y encontraron desmayada á la señora de Restaud. Después de haberla hecho volver en sí, la transportaron al coche que la esperaba. Eugenio confió su cuidado á Teresa ordenándole que la llevase á casa de la señora de Nucingen.

—¡Oh! está bien muerto—dijo Bianchón al bajar.

—¡Vamos, señores, á la mesa, que la sopa va á enfriarse!—dijo la señora Vauquer.

Los dos estudiantes se sentaron el uno al lado del otro.

—¿Qué es preciso hacer ahora?—dijo Eugenio á Bianchón.

—Ya le he cerrado los ojos y lo he dispuesto todo convenientemente. Cuando el médico forense venga á certificar la defunción que nosotros declararemos, lo coseremos á una mortaja y lo enterraremos. ¿Qué quieres que se haga?

—Ya no volverá á oler el pan de este modo—dijo

un huésped imitando el ademán que solía hacer el pobre difunto.

—¡Pardiez! señores, dejen ustedes ya al padre Goriot. No sé á qué viene hablar tanto de él. Uno de los privilegios de la buena ciudad de París, es que se puede nacer, vivir y morir sin que nadie haga caso de uno. Aprovechémonos, pues, de las ventajas de la civilización. Hoy hay sesenta muertos en París. ¿Quieren ustedes apiadarse de las hecatombes parisienses? Si el padre Goriot ha muerto, mejor para él. Si tanto le quieren ustedes, vayan arriba á velarle y déjennos comer tranquilamente.

—¡Oh! sí, mejor para él que se haya muerto, porque, al parecer, el pobre hombre ha tenido muchos disgustos durante su vida—dijo la viuda.

Esta fué la única oración fúnebre que se pronunció por un ser que, para Eugenio, representaba la Paternidad. Los quince huéspedes se pusieron á charlar como de ordinario. Cuando Eugenio y Bianchón hubieron comido, el ruido de los tenedores y las cucharas, las risas de la conversación, las diversas espresiones de aquellas caras glotonas é indiferentes les helaron de horror. Salieron para ir á buscar un sacerdote que rogase y velase por el muerto durante la noche. Tuvieron que tributar los últimos honores á aquel buen padre con el poco dinero de que podían disponer. Á las nueve de la noche, el cuerpo fué colocado dentro de una sábana, entre dos hachas, en aquel cuarto desnudo, y un sacerdote fué á sentarse á su lado. Como Rastignac hubiese preguntado al sacerdote el precio del entierro y de los funerales, antes de acostarse puso cuatro letras al barón

de Nucingen y al conde de Restaud, rogándoles que enviasen á sus administradores á fin de sufragar los gastos del entierro de su suegro. Le entregó las cartas á Cristóbal, y después se acostó rendido de fatiga. Al día siguiente por la mañana, Bianchón y Rastignac tuvieron que ir en persona á declarar la defunción, cuya certificación quedó extendida á las doce. Dos horas después, ninguno de los dos yernos había mandado dinero, nadie se había presentado en nombre de ellos y Rastignac se había visto obligado á pagar ya los gastos del sacerdote. Como Silvia hubiera pedido diez francos por amortajar al difunto y coserlo á una mortaja, Eugenio y Bianchón calcularon que si los parientes del muerto se negaban á intervenir en nada, ellos podrían, con gran pena, sufragar los gastos. El estudiante de medicina se encargó, pues, de poner él mismo el cadáver en un ataud de pobre que mandó traer del hospital, donde le saldría más barato.

—Hazles una jugarreta á esos pillastres—le dijo Bianchón á Eugenio.—Vete á comprar un nicho en el cementerio del Père Lachaise por cinco años, y encarga un entierro de tercera clase. Si los yernos y las hijas se niegan á pagarte lo que hayas gastado, haz grabar en su tumba este epitafio: «Aquí yace el señor Goriot, padre de la condesa de Restaud y de la baronesa de Nucingen, enterrado á expensas de dos estudiantes.»

Eugenio no siguió el consejo de su amigo hasta después de haber estado infructuosamente en casa de los señores de Nucingen y de Restaud, cuya puerta no pudo trasponer, porque los conserjes, cumpliendo severas órdenes, le dijeron:

—Los señores no reciben á nadie; su padre ha muerto y están sumidos en el más vivo dolor.

Eugenio tenía bastante experiencia del mundo parisiense para saber que no debía insistir, y sintió oprimido su corazón al ver que le era imposible hablar á Delfina; pero le escribió estas palabras en la habitación del conserje:

«Venda usted una alhaja para que su padre sea conducido decentemente á la última morada.»

Después de encerrar esta misiva en un sobre, se la entregó al conserje del barón rogándole que se la diese á Teresa para su ama; pero el conserje se la entregó al barón de Nucingen, el cual la arrojó al fuego. Después de haber dispuesto lo necesario para el entierro, Eugenio volvió á la posada á eso de las tres y no pudo contener una lágrima al ver en el portal de la posada el ataúd cubierto apenas con un paño negro y colocado sobre dos sillas. Un mal hisopo, en el que nadie había tocado aún, permanecía sumergido en una fuente de cobre plateada llena de agua bendita. La puerta no estaba siquiera cubierta con un paño negro. Aquella era la muerte de los pobres, que no tiene fausto, ni comitiva, ni amigos, ni parientes. Bianchón, obligado á ir al hospital, había escrito cuatro letras á Rastignac dándole cuenta de lo que había hecho en la iglesia. El interno le decía que una misa era muy cara, que era preciso contentarse con un sencillo responso y que había enviado á Cristóbal con una carta á las pompas fúnebres. En el momento en que Eugenio acababa de leer la

esquela de Bianchón, vió en manos de la señora Vauquer el medallón de oro que contenía los cabellos de las dos hijas del difunto.

—¿Cómo se ha atrevido usted á coger eso?—le preguntó.

—Hombre, ¿querrá usted enterrarlo con él? Si es de oro—dijo Silvia.

—¿Y qué?—repuso Eugenio con indignación.—Que lleve al menos consigo la única cosa que puede representar á sus dos hijas.

Cuando el coche fúnebre llegó, Eugenio ordenó á los mozos que subiesen al ataúd, lo desclavó y colocó religiosamente sobre el pecho del muerto una imagen que se remontaba á la época en que Delfina y Anastasia eran jóvenes, vírgenes y puras y no *razonaban*, como había dicho Goriot en medio de sus gritos de agonía. Rastignac y Cristóbal, acompañados de dos enterradores, fueron los únicos acompañantes del coche que llevaba al pobre hombre á San Esteban del Monte, iglesia poco distante de la calle Nueva de Santa Genoveva. Llegado allí el cadáver, fué depositado en una capillita vieja y sombría en torno de la cual el estudiante buscó en vano á las dos hijas de Goriot ó á sus maridos. Estuvo solo con Cristóbal, que se creía obligado á tributar los últimos honores á un hombre que le había hecho ganar algunas buenas propinas. Al oir á los dos sacerdotes, al sacristán y al monaguillo, Rastignac estrechó la mano á Cristóbal sin poder pronunciar palabra.

—Sí, señorito Eugenio—dijo Cristóbal,— era un hombre bueno y honrado que nunca decía una palabra más alta que otra ni hacía daño á nadie.

Los dos sacerdotes, el sacristán y el monaguillo, tributaron al difunto las plegarias que se pueden obtener por setenta francos en una época en que la religión no es bastante rica para rezar de balde. El clero cantó un salmo, el *Libera* y el *De Profundis*. La ceremonia duró veinte minutos, y al terminar, solo había un coche para el sacerdote y el monaguillo, que consintieron en recibir consigo á Eugenio y á Cristóbal.

—Como no hay comitiva y son ya las cinco y media, podremos ir más aprisa para no retrasarnos.

Sin embargo, en el momento en que el cuerpo fué colocado de nuevo en el coche fúnebre, dos coches cuyas portezuelas ostentaban las armas de la nobleza, pero que estaban vacíos, el del conde de Restaud y el del barón de Nucingen, se presentaron y siguieron al cortejo hasta el cementerio del Père-Lachaise. Á las seis, el cuerpo del padre Goriot fué colocado en su fosa, en torno de la cual estaban los criados de sus hijas, los cuales desaparecieron con el clero tan pronto como éste pronunció la corta plegaria pagada con el dinero del estudiante. Una vez que los dos enterradores hubieron arrojado algunas paletadas de tierra sobre el ataúd para enterrarlo, se irguieron, y uno de ellos, dirigiéndose á Rastignac, le pidió la propina. Eugenio se echó mano al bolsillo, lo encontró vacío y se vió obligado á pedirle prestado un franco á Cristóbal. Este hecho tan sencillo en sí mismo, determinó en Eugenio un horrible acceso de tristeza.

El día empezaba á declinar, un crepúsculo húmedo excitaba los nervios. Eugenio contempló la tumba y sepultó en ella su última lágrima de joven, esa lágrima

arrancada por las santas emociones de un corazón puro, una de esas lágrimas que, desde la tierra donde caen, rebotan hasta los cielos. Después se cruzó de brazos y contempló las nubes. Al verlo de este modo, Cristóbal se decidió á dejarle.

Una vez solo, Rastignac dió algunos pasos hacia la parte alta del cementerio, y desde allí contempló la ciudad de París tortuosamente extendida á lo largo de las dos orillas del Sena, á la hora en que comenzaban á brillar las luces. Sus ojos se fijaron casi con avidez en la columna de la plaza Vendome y los Inválidos, allí donde vivía aquel hermoso mundo que tanto había deseado frecuentar. Dirigió á aquella bulliciosa colmena una mirada con la cual parecía absorber de antemano su miel, y dijo estas grandiosas palabras:

—¡Ahora nos veremos los dos!

Y como primer acto del reto que lanzaba á la Sociedad, Rastignac se fué á comer á casa de la señora de Nucingen.

Saché, septiembre, 1834.

FIN

CAPILLA ALFONSINA
U. A. N. L.

Esta publicación deberâ ser devuelta antes de la última fecha abajo indicada.

PQ2168
.A66
S6
1834

FL

114841

AUTOR
BALZAC, Honoré de

TITULO
El Padre Goriot.

FECHA DE VENCIMIENTO | NOMBRE DEL LECTOR